



Erasmus Zarzuela

Pero, ¿qué es el amor?
El amor es un puente verde sobre un precipicio azul.
¿Y qué es la vida?
La vida es un puente azul sobre un precipicio verde

Witold Gombrowicz.



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5254855 - 5276816
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

4 textos de Luisa Valenzuela.

Invencible?

Me he vuelto invisible y este hecho que parece tan útil no me sirve de nada. Por lo pronto, sólo tengo perseguidores internos que no necesitan verme, y la invisibilidad no me puede salvar de los golpes fortuitos o los tiros al aire. Así que la aparente ventaja de la invisibilidad me resulta más molesta que otra cosa: los mozos no me ven en los bares cuando me siento en una mesa y los amigos me cruzan por la calle con aire indiferente.

Claro que mi verdadero problema no es la invisibilidad sino la mutancia. Sospecho que los cambios suelen realizarse en bocanadas y es en estos instantes de verdadera mutación cuando desaparecemos por un rato del mundo de los vivos (es decir el de los piolas, el de aquellos que se aferran con las uñas a su magra posibilidad de ser visibles, conspicuos, evidentes, estridentes, sólidos). Y una mutación debe ser bienvenida, aunque nos borre de a ratos. Tenemos que aprender a ser incautos.

Crisis

Pobre. Su situación económica era pésima. Estaba con una mano atrás y la otra delante. Pero no la pasó del todo mal: supo moverlas.

Visión de reojo

La verdad, la verdad, me plantó la mano en el culo y yo estaba a punto de pegarle cuatro gritos cuando el colectivo pasó frente a una iglesia y lo vi persignarse. Buen muchacho después de todo me dije. Quizá no lo esté haciendo a propósito o quizá su mano derecha ignore lo que su izquierda hace o. Traté de correrme al interior del coche - porque una cosa es justificar y otra muy distinta es dejarse manosear - pero cada vez subían más pasajeros y no había forma. Mis esguinces sólo sirvieron para que él meta mejor la mano y hasta me acaricie. Yo me movía nerviosa. Él también. Pasamos frente a otra iglesia pero ni se dio cuenta y se llevó la mano a la cara sólo para secarse el sudor. Yo lo empecé a mirar de reojo haciéndome la disimulada, no fuera a creer que me estaba gustando. Imposible correrme y eso que me sacudía. Decidí entonces tomarme la revancha y a mi vez le planté la mano en el culo a él. Pocas cuadras después una oleada de gente me sacó de su lado a empujones. Los que bajaban me arrancaron del colectivo y ahora lamento haberlo perdido así de golpe porque en su billetera sólo había 7.400 pesos de los viejos y más hubiera podido sacarle en un encuentro a solas. Parecía cariñoso. Y muy desprendido.

Factores meteorológicos.

Como un lagarto al sol.
Como un lobo en las tinieblas.
Como un delincuente común: a la sombra.

Luisa Valenzuela nació en Buenos Aires, Argentina, donde radica. Vivió en París y Nueva York. Ha publicado las novelas: *Hay que sonreír* (1966), *El gato eficaz* (1972), *Cambio de Armas* (Novellas, 1982), *Como en la guerra* (1977), *Realidad nacional desde la cama* (1990), *Novela negra con argentinos* (1990). Los libros de cuentos: *Los heréticos* (1967), *Libro que no muere* (1980), *Donde viven las águilas* (1983), *Simetrías* (1993). El sello Alfaguara ha reunido todos sus cuentos.